

infaliblemente me condenaba a ir al calabozo, castigo máximo, reservado a los grandes culpables y que nunca ví sufrir por el delito de no contestar sílaba bien puesta en un examen, más que a mí. ¡Cómo sería de crasa mi ignorancia para merecer aquella terrible pena, de la que mi timidez y mi respeto a los superiores me alejó por toda otra culpa que la de ser un holgazán boca arriba!

Otras veces, toda aquella ligera espuma de sabiduría, a flor de ciencia, que proporciona una continua lectura, siquier sea la del gran vizconde, y que es la única que he podido tener en mi vida, me daba una verbosidad deslumbradora y obtenía los sobresalientes peor ganados en examen alguno. Entonces el Señor Rector, a cuya gran bondad y perspicacia no se ocultaba lo inseguro de mi superficial sabiduría, me guiñaba un ojo, cuando me volvía receloso hacia él, asegurándome la complicidad en tal engaño. ¡Gozaba tanto con el éxito de uno de sus hijos! Y al concluir, me invitaba a almorzar. Y alababa tan repetidas veces mi supuesta aplicación, que concluía en creer en ella como en la profesión de la fé cristiana.

Después venían los exámenes públicos. La paternal solicitud del Prefecto de Estudios de un colegio que contaba entre sus alumnos muchos niños pobres, jamás nos exigió para estos actos ostensibles, otro uniforme que un traje negro y una corbata roja, ese noble uniforme del Colegio de Infantes, modesto y amadísimo, que es el mejor poema de la inagotable caridad de un maestro. Un traje negro sirve siempre.

De los padres de mis compañeros de clase, cincuenta de cada ciento eran pobres obreros, a quienes por pensión de sus hijos se señalaba una cortísima cuota, casi siempre no pagada. Otros, viudas sin ningún haber, hombres inválidos, habían solicitado con palabras conmovedoras, el regalo del pan espiritual para sus hijos. Y a nadie se cerró el Colegio. En la mente del Prefecto había nacido una frase: «paguen los ricos por los pobres». Si acaso este equilibrio ideal peligraba, ya se sabía que el fiel de la balanza del presupuesto era movido por unas manos divinas.

Se sentaban en los bancos de mi clase niños descalzos al lado de los niños que cubrían sus pies con finas botas de cueros valiosos. Y no eran éstos últimos, generalmente, hacia los que se inclinaba el favor de sus discípulos, en aquella alma demócrata que animaba el colegio. Me acuerdo de que nuestro cabeza de clase, el bajá que regulaba nuestros actos y reunía en torno, con sus alegres cuentos o sus mordaces dicharachos, a la sección D, era un amable muchachote, hi-

jo de una vendedora en el mercado y al que sólo llamaban por su apodo de *Muleta*. Al sonar de sus gruesas botas, claveteadas de una manera inverosímil, cuando llegaba, siempre tarde, a una clase matutina de la que con frecuencia faltaba el profesor, nos parecía que era el alma de la estancia que se aproximaba.

Cuando, lavados y peinados por nuestras madres o nuestros hermanas, con las botas luminosas a fuerza de cepillo, penetrábamos al colegio un día de exámenes, con el traje negro y la llamante corbata roja nos creíamos vestidos de un espíritu nuevo, lleno del misterio y de las emociones de aquellas pruebas en público. Nos mirábamos con ojos de pasmo, desconociéndonos. Casi nos rebelábamos a la autoridad *Muleta*: se había peinado.

Luego, íbamos a esperar a una especie de bastidores que había al extremo del largo salón de actos públicos, la hora que, con su proximidad, ponía nuestras almas en un puño. Un querido amigo que hoy tiene una gran posición social y entonces era un vivaz chiquillo, nos contaba el cuento de Aladino o del Gato con Botas. El sonido de un timbre nos hacía de pronto estremecer. Y luego, a exhibir, ante nuestros padres, hermanos y demás familiares, la gran suma de nuestros conocimientos.

Después, premiaciones sonoras, llenas de flores y de dianas para los que vencían, en las que indefectablemente recitaba una composición llorosa de alguno de los poetas nacionales, con gran sentimiento, según aseguraba el profesor de retórica; y en las que mi madre veía con infinita tristeza que no obtenía más que dos medallas: la de buena conducta y la de composición, clase anexa a la de Gramática, que nos daba un profesor rubio, semi-literato.

Y así pasé siete años. Los cinco primeros, mal estudiante, leyendo a todas horas, envenenándome con toda clase de libros, que conseguía por mil ingeniosos medios. Leyendo cuando, durante el recreo todos jugaban a mi alrededor. Leyendo oculto por la espalda de un compañero, a la hora de calse; leyendo a la hora de comer; leyendo en el lecho, hasta que un sueño intranquilo, poblado de visiones, me vencía. Todos los hechos que descuelan en mi vida de estudiante están relacionados con la lectura. Ya era el Señor Rector que me sorprendía saliendo de la Biblioteca Nacional, con un libro bajo el brazo, en una hora de trabajo, delito de hacer novillos castigado por un hermano de mi madre, viejo severo que a veces se entrometía en nuestra vida, con una terrible azotaina en cueros vivos. Ya un profesor, algo más inteligente que sus congéne-

res, que tomaba de mis manos «La investigación de lo absoluto» o «El Doctor Pascual» y edificaba luego a la clase hablando una hora con voz indignada, de la infinita tristeza de un niño que a los diez años lee a Zola o a Balzac.

Luego, al principio de un nuevo año escolar, después de unas vacaciones pasadas en una finca, en que probé con exceso de la fruta del Bien y del Mal, tentado por una rolliza sirvienta, un brusco despertar de mi conciencia, que me hizo volver la vista en torno y tratar de comprender la vida. Y un contemporáneo darme cuenta de mis deberes. Un deseo infinito de satisfacer el amor materno, de dar a la pobre viuda todos los goces que estuvieran en mi mano. Y dos años dolorosos, angustiosos, de un estudio asiduo, en que los maestros, llenos de extrañeza, desconocían al estudiante desaplicado. Al fin del segundo, una premiación en que se me concedió el más alto honor que podía obtener un alumno del Colegio de Infantes. Una madre que, sollozando, tomaba de mi cuello o desprendía de mi pecho, diez medallas de plata, primeros premios de otras tantas asignaturas. Y por último, el lecho del dolor que aguarda a todos los que están desde niños del mal de lo absoluto. Un médico que me declaraba incapaz para el estudio; la sociedad que me declaraba incapaz para todo; y la vida que me declaraba incapaz para vivir. Y esta mi triste existencia de no ser nada, de no hacer nada, de vivir en mi infinito egoísmo de contar las pulsaciones de mi dolor. Y a la postre, como remate, tres palabras que lo definen todo, que lo hacen comprensible todo: un poeta decadente más; un poeta decadente hispano-americano más.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(Del opúsculo *Una Vida*. Guatemala, 1914).

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, puede Ud. adquirir las publicaciones de la conocida casa editora

PICTORIAL REVIEW

DE NEW YORK:

La revista *Pictorial Review*,
el *Fashion Book*,
el *Arte de vestir*,
el *Catálogo de bordados*,
el *Crochet Book*.

También hallará Ud. un surtido de moldes para confeccionar vestidos en casa: enaguas, blusas, trajes de niños.